

BS2555
4
E.B.S.
V

EVANGELIO MEDITADO

D. JACINTO MARIA BLANCO

D. Juan Antonio Maldonado



DEL ESTADO DE MICHUAN LEON
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA



LIBRERIA RELIGIOSA—IMPRESA DE PABLO RIERA
CALLE DEZ ROBADOR, NÚM. 28 Y 29.

1861

100083
21701

EL
EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION CCLXXXVII.

PRINCIPIO DEL DISCURSO DE JESÚS Á SUS APÓSTOLES DURANTE
LA CENA.

(Joan. xiii, 31-38).

1.º Jesús trata de la gloria de Dios y de la suya propia; 2.º da á sus Apóstoles un precepto de la caridad fraterna; 3.º hace la primera prediccion de la negacion de san Pedro.

PUNTO I.

De la gloria de Dios y de la de su Hijo nuestro Salvador.

1.º *Sobre la tierra...* «Y luego que salió... (*Judas*)...» del cenáculo, y acabada la contienda de los Apóstoles, comenzó el Salvador á discurrir con ellos en una manera la mas afectuosa, la mas familiar, la mas instructiva, y como un tierno padre que está para dejar á sus amados hijos... «dijo Jesús: Ahora ha sido glorificado «el Hijo del hombre, y Dios ha sido glorificado en él...» De hecho, Jesucristo en los tres años de su predicacion ha establecido de tal suerte su gloria con la santidad de su vida, con lo sublime de su doctrina, con la pureza de su moral, con la grandeza y multitud de sus milagros, y con el literal cumplimiento de las profecías, que el universo ha creído en él, al paso que de él ha tenido conocimiento. Y si todos no lo han reconocido por verdadero Hijo de Dios, por Señor, por Salvador, por Juez de todos los hombres, ha sido puro efecto de obstinacion, de una ciega impiedad... «Y Dios ha sido «glorificado...» Porque no hay otro que Dios que haya podido dar al mundo un tal hombre, que haya podido por su virtud obrar tantas maravillas, revelar tan grandes misterios, dar instrucciones tan saludables, y cumplir el objeto de todas las profecías; porque todos los que creen en él, por él solo ofrecen sus homenajes á Dios, y es-

tos homenajes, unidos á los de Dios Hijo, son dignos de ser aceptados del Padre, y el Padre recibe de esto una verdadera gloria... Hé aquí, pues, cómo son glorificados Dios y su Hijo; Dios, porque de su Hijo solamente recibe homenajes dignos de él; su Hijo, porque ningun género de homenaje es agradable á Dios, sino por él... En órden á nosotros: ¡oh y cuál es nuestra gloria! ¡oh y qué grande! Nosotros podemos gloriarnos, pero en el Señor ¹.

2.º *En el cielo...* «Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios «lo glorificará á él en sí mismo, y lo glorificará bien presto...» Dios había sido glorificado por su predicación, y lo debía ser principalmente por su pasión y por su muerte. Dios de su parte había glorificado á su Hijo por medio de las obras que le había dado la potestad de hacer durante su vida; debía aun glorificarlo con los prodigios que acompañarian y se seguirian á su muerte; pero fuera de esta gloria sobre la tierra, le debía dar otra en sí mismo en el cielo, en la eternidad, por medio de una pronta resurrección, de una gloriosa ascension, y haciéndolo sentar á su diestra... Esta es la doble gloria que Dios da á sus siervos fieles. En este mundo la estima de las personas buenas, y tal vez los honores de un culto religioso, y en el otro una gloria eterna. Gloria en Dios, gloria sin límites, sin término, sin fin; cuya memoria jamás debe apartarse de nuestro espíritu, y cuya esperanza debe siempre sostenernos en todos nuestros trabajos. De esta doble gloria empezó Jesucristo su discurso; y este es el punto de vista bajo del que quiere que sus Apóstoles miren las humillaciones que está para sufrir, para que este recuerdo los sostenga también á ellos en la prueba y en la consternación en que los arrojarán sus suplicios. ¡Qué bondad! qué sabiduría! qué misterios!

3.º *En la separación del Salvador de sus discípulos...* «Hijitos, por «poco tiempo estoy aun con vosotros. Me buscaréis; y así como dije á los judíos: donde voy yo no podeis venir vosotros; también «lo digo ahora á vosotros...» ¡Qué tiernas expresiones! ¡qué maneras de hablar llenas de bondad! Jesucristo no les habla ya, como otras veces, de cruz, de sufrimientos, de oprobios. Exprime su cruel muerte solo con estas palabras: me buscaréis; esto es, yo no estaré ya con vosotros, seré quitado de vuestro lado, con esto debo acabar de procurar la gloria de mi Padre, y entrar en la suya volviendo á su seno... ¡Desgraciados judíos para quienes esta gloria está para ser perdida para siempre por su infidelidad! ¡Afortunados

¹ I Cor. 1, 31.

Apóstoles para quienes esta gloria solamente se ha diferido! ¿De qué número somos nosotros? ¿Cuál es nuestra fe, cuál es nuestra esperanza, cuál es nuestro amor para con Dios Salvador, Salvador á un tan grande precio, Salvador tan lleno de ternura para con nosotros?

PUNTO II.

Del precepto de la caridad fraterna.

1.º *Precepto nuevo en su autor...* «Un nuevo mandamiento os doy «á vosotros: que os améis los unos á los otros...» Hasta ahora vosotros os habeis amado los unos á los otros; ó como hombres unidos entre sí con los lazos de la humanidad, ó como criaturas del mismo Dios, ó como hijos de Abrahán vuestro comun padre, ó en calidad de discípulos de Moisés, legislador de Israel. Ahora quiero que os améis como discípulos del Hijo de Dios, como hijos de la Iglesia mi esposa, como miembros del mismo cuerpo de que yo soy la cabeza, finalmente, como miembros y como súbditos de la nueva alianza de que vosotros sois los ministros... Jesucristo es el autor de todos los preceptos de la nueva ley; pero este es su singular precepto, y así justamente lo llama él mismo ¹. Ahora, pues, la autoridad de Jesucristo que nos intima este precepto en un modo tan especial, ¿no añade á esta obligacion un nuevo peso? Sea, pues, nuestro empeño el observarlo bien... Hagamos en esta materia todos nuestros esfuerzos: seamos exactos hasta el escrúpulo; porque este es el precepto propio de la nueva alianza, el precepto propio de Jesucristo, el precepto que él nos ha dado algunos instantes antes de su muerte, y de donde ha querido empezar y acabar el último discurso que hizo á sus Apóstoles.

2.º *Precepto nuevo en sus motivos...* «Que os améis también vosotros los unos á los otros, como yo os he amado...» Os he amado, y os amo todavía hasta sacrificar mi vida por todos aquellos títulos que á mí os unen. Además de esto, lo hago para daros ejemplo, y para que descubrais en todos los que me pertenecen un nuevo título á vuestro amor, y nuevas razones para amarlos... Jesús nos ha amado como sus discípulos, como sus hermanos adoptivos y rescatados con su sangre, como sus miembros, sus coherederos, y tales deben ser los motivos de nuestra caridad para con los que son nuestros hermanos, y para con todos aquellos que por gracia de Jesucristo pueden venir á serlo; Jesús nos ha amado sin que nosotros haya-

¹ Joan. xv, 12.

mos podido merecer este favor, nos ha amado cuando éramos sus enemigos, cuando huíamos de él y lo ofendíamos. Hé aquí la respuesta á todos los pretextos con que querrémos dispensarnos de la caridad cristiana. Jesús nos ha amado, no de sola palabra, sino comunicándonos efectivamente todos sus bienes, nada teniendo suyo que no sea tambien nuestro y para nosotros. Nos ha amado hasta padecer y morir por nosotros. Hé aquí la extension de la caridad cristiana, que no conoce límites en lo que mira á la salud eterna. ¡Ah! ¡cuánto debemos amar á Jesús que nos ha amado de este modo! Pero porque nosotros no lo vemos, y no podemos mostrarle nuestro amor en una manera sensible, nos transfiere todos sus derechos; quiere que nos amemos los unos á los otros, como él nos ha amado. Un tan dulce precepto ¿puede hallar dificultad en un corazon cristiano?

3.º *Precepto nuevo en la práctica...* «En esto conocerán todos que «sois mis discípulos, si teneis amor los unos á los otros...» De la práctica de este precepto de la caridad que yo os doy os haréis conocer de todo el mundo por mis verdaderos discípulos. ¿Y quién no se unirá á vosotros al ver, cuando yo me habré ya apartado, que reina entre vosotros una concordia fraterna, que forme de vuestra sociedad una sola y grande familia?... Y verdaderamente con todo que fuese antiquísimo el precepto de la caridad, ¿no fue para el mundo todo un espectáculo del todo nuevo la manera con que los Apóstoles y los primeros cristianos comenzaron á practicarla? Tenian todos un solo corazon y una alma sola, y eran comunes todos sus bienes¹. Se exponian á los mas horribles suplicios por aliviarse los unos á los otros, por visitar los prisioneros de Jesucristo, por sustentarlos en sus cadenas, y por enterrarlos despues de su muerte. ¡Ay de mí! el mundo hecho cristiano. ¡Oh y cuánto ha degenerado de este primer espíritu! ¡Cuán rara es aquí ya la caridad!... ¡Cuántos cristianos no tienen otra cosa que el nombre! Pero no obstante este desórden del mundo, la Iglesia católica presenta aun á los ojos de quien lo quiere reflexionar este carácter de verdaderos discípulos de Jesucristo. Sin hablar de la caridad eficaz de los verdaderos cristianos que vivian en medio del mundo, se ven en la Iglesia tropas innumerables de fieles del uno y del otro sexo, que gratuitamente se dedican al servicio de los pobres, de los apestados, de los enfermos, de los esclavos; que se dedican y consagran á la instruccion de la juventud, á la predicacion, á la confesion, á las misio-

¹ Act. iv, 32.

nes, á la conversion de los pecadores, de los vagabundos, de los idólatras; á todas las necesidades espirituales del prójimo; que contentos de un moderado alimento y vestido, sin salario, sin fondos, sin alguna esperanza de fortuna, atienden solamente á la salvacion de sus hermanos; que para hacerse útiles al prójimo renuncian hasta sus propios bienes, sus herencias y toda esperanza de tener jamás cosa alguna sobre la tierra. Nosotros estamos acostumbrados á este espectáculo, y ya no nos da golpe; pero ciertamente este es el efecto de la caridad mas heroica, existe en la católica Iglesia, en ella se perpetúa, y solamente aquí se encuentra. ¡Qué pérdida seria si aquellos que han hecho un tan grande sacrificio á la caridad lo combatiesen despues con sentimientos opuestos á la caridad, y si el mundo que han querido santificar quedase escandalizado de ellos! Pero si esta culpa se puede echar en cara á algunos, ella no es comun, ni impide que se distingan todavia con la marca de la caridad los verdaderos discípulos de Jesucristo... ¿Somos nosotros de este número?

PUNTO III.

Primera prediccion de la negacion de san Pedro.

1.º *Pregunta de san Pedro, y respuesta de Jesucristo...* «Simon «Pedro le dijo: Señor, ¿á dónde vas tú?...» Pedro escuchaba con gusto las divinas instrucciones de Jesucristo; pero no podia oir sin amargura hablar siempre de separacion y de partida... *Dónde vas tú*, pues, le dijo él á su Maestro interrumpiéndolo, ¿*dónde vas tú*, que continuamente nos repites que nosotros no podremos seguirte? ¡Oh y qué amor habia en esta pregunta, qué deseo, qué temor de perder á Jesús!... Cuando una alma está penetrada del amor de Jesús, ¡oh y cuánto teme su ausencia, cuánto desea poseerlo, y estar siempre con él!... ¡Oh Jesús, delicias de mi corazon! ¿por qué os escondéis Vos á mis ojos? ¿dónde huis? ¿dónde andais Vos? ¿Hasta cuándo viviré en esta tierra de destierro, separado de Vos?... «Res-«pondióle Jesús: Donde yo voy no puedes ahora seguirme; pero me «seguirás con el tiempo...» ¡Oh dulce esperanza! Un dia vendrá, y no está léjos, en que seguiré á Jesús hasta en el cielo... Concededme, ó Señor, esta gracia; y pues no soy todavia digno, y no ha llegado aun mi tiempo, asistidme para que todo el que me resta de vivir sobre la tierra lo emplee en purificarme, en santificarme, en unirme á Vos, en amaros y en deseáros para morir en vuestro santo amor, y poseeros en la morada de vuestra gloria.

2.º *Instancia de san Pedro...* «Dijole Pedro: ¿Por qué no puedo «yo seguirte ahora? daré por tí mi vida...» Resolucion generosa, sincera, llena de ardor, y que habria podido tener su efecto si en aquel punto hubiera estado puesta á la prueba, como se figuraba san Pedro; pero la prueba se halló de otra muy distinta naturaleza de la que el Apóstol se imaginaba; y á ella debió ceder por haberse expuesto, y por no haber desconfiado totalmente de sus fuerzas... Hé aquí el gran defecto de nuestras resoluciones... Un pecador nuevamente convertido, lleno del horror del vicio que detesta y del ardor que lo anima, se cree constante en la resolucion en que está de no recaer mas en él, desafia al infierno para combatirlo, está pronto á dar su vida para señalar su constancia, y la daria, si en aquel punto se tratase, ó de ofender á Dios, ó de morir: ¿quién no haria una gran cuenta de una resolucion tan sincera? Y con todo eso ella es la menos constante. Bastantemente lo prueba la continua experiencia. Veréis bien presto este nuevo penitente, lleno de confianza en sí mismo, exponerse á todo sin temor y sin precaucion, omitir la oracion, la leccion y el retiro, mezclarse con pecadores, volverse tímido delante de ellos, entrar poco á poco en sus sentimientos, y finalmente caer á la mas débil tentacion... La resolucion sobre que se puede hacer gran caudal es la de un penitente que, penetrado del horror de su pecado, resuelto á no cometerlo jamás, siente toda su flaqueza y debilidad, teme á sí mismo, no vive seguro sobre las precauciones que toma, se fia solo del socorro de Dios, que continuamente implora, y evita los mas mínimos asaltos, como muy fuertes para él: una resolucion de esta especie da lugar á esperararlo todo; y tal debe ser la que nosotros debemos tomar.

3.º *Respuesta de Jesucristo...* Le respondió Jesús... «¿Darás tú la «vida por mí? En verdad, en verdad te digo (*en esta noche misma*) «no cantará el gallo (*no acabará de cantar*) hasta que me hayas negado tres veces...» Solo un Dios podia anunciar un acontecimiento tan poco verosímil, tan léjos del pensamiento, y tan opuesto á la voluntad de aquel de quien dependia... ¡Ay de mí, Señor! ¿quién somos nosotros sin Vos?

Peticion y coloquio.

Tened piedad de mí, ó Dios mio, tened piedad de mí; ¿qué será de mí si Vos no me socorreis? ¡Cuántos justos despues de una larga vida, pasada en los ejercicios de la santidad, han caido en pecado, y en él han muerto! ¡Oh mundo, oh carne, oh demonio!

Vosotros sois ciertamente terribles, y yo, ¡oh cuán débil y flaco! Sostened, ó Señor, mi debilidad y flaqueza; volad en mi socorro, en Vos solo pongo toda mi fuerza y mi confianza, no me abandoneis... Amen.

MEDITACION CCLXXXVIII.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES DURANTE LA CENA.

(Joan. xiv, 4-10).

1.º Consolacion que Jesucristo da á sus Apóstoles; 2.º objecion de santo Tomás; 3.º pregunta de san Felipe.

PUNTO I.

Consolacion que Jesús da á sus Apóstoles.

1.º *Consolacion fundada en la fe, en Dios y en Jesucristo...* «No «se turbe vuestro corazon; creéis en Dios, creed tambien en mí...» Ya os he dicho que yo os dejo; pero esta nueva no turbe vuestros corazones ni debilite vuestro valor. Vosotros creéis en Dios desde la mas tierna edad, vosotros profesais la fe de la Divinidad; pero ahora esto no basta, es necesario todavía que hagais profesion de creer en mí. En esta fe así explicada y declarada hallaréis razones sólidas para consolaros. De hecho, el que cree en Dios y en Jesucristo halla en su fe un asilo seguro contra todos los accidentes de la vida, contra todos los escándalos del mundo, y contra todas las tentaciones del demonio. Un Dios, cuya providencia gobierna todas las cosas, y que de todo sabe sacar su gloria; un Salvador, que todo lo ha predicho, que él mismo ha pasado por todas las pruebas, que está con nosotros, y nos sostiene con su gracia en todas las circunstancias en que nos hallamos, que en ellas nos hace hallar nuestra gloria, nuestro provecho y nuestra santificacion; con todo esto, ¿qué cosa podria turbar nuestro corazon? ¡Ay de aquellos que no tienen esta fe, en quienes es lánguida, y que no saben recurrir á ella en el tiempo de la tribulacion! porque en las aflicciones la carne y el mundo son incapaces de consolar y sostener.

2.º *Consolacion fundada en la esperanza de lo que Jesucristo está para obrar en su favor...* «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si así no fuese, os lo habria yo dicho...» No os habria lisonjeado con una vana esperanza; pero siendo así, ahora os digo que «voy á preparar el lugar para vosotros...» Si os dejo, si voy el

primero á tomar posesion del cielo, lo hago con intencion de preparar los puestos. No se turbe, pues, vuestro corazon... El reino de los cielos, aquella morada de delicias, destinada para los bienaventurados, fue criada desde el principio del mundo; pero el pecado habia cerrado la entrada á los hombres, y les habia hecho perder el derecho que tenian á ella por la liberalidad del Criador; ¿qué cosa, pues, está para hacer Jesucristo? Quiere merecerla con sus tormentos y su muerte; quiere abrirla con su resurreccion y con su ascension; quiere finalmente tomar posesion en su nombre y en el nuestro, sentándose allí á la diestra de su Padre... ¡Oh Salvador generoso, bueno, grande y poderoso, qué bello reino nos adquirís; y ó á qué precio nos lo preparais! ¡Qué obligaciones no os debemos! Vos habeis satisfecho por nosotros, vuestra sangre se ha derramado, el cielo es su precio; Vos estais en posesion de vuestra gloria, y con Vos ya reinan millones de Santos. ¡Oh tabernáculos celestiales! no suspira otra cosa mi corazon que por vosotros, y gime al verse tan largo tiempo habitar la tierra; vosotros no estais todos ocupados, quedan aun para todo género de virtudes y para todos los grandes méritos. El apostolado, el martirio, la inocencia, la penitencia, todo será recibido en vosotros; y cada uno estará puesto segun sus méritos, y recompensado segun sus obras. Para mí hay allí preparado un puesto, solo me queda que merecerlo con la gracia de mi Salvador: ¡oh cuánto me anima esta esperanza, oh cuánto me consuela! No; nada puede con ella turbar la paz de mi corazon.

3.º *Consolacion fundada en la esperanza de cuanto al fin hará Jesús en su favor...* «Y cuando yo habré partido y habré preparado el «lugar para vosotros, vendré de nuevo, y os llevaré conmigo; para «que donde yo estoy, esteis tambien vosotros... ¡Qué amor, qué promesa!... 1.º *Á mi muerte.* Si yo soy tal como Dios quiere que yo sea, vendrá Jesús á cogerme, y me colocará en la morada feliz en que él habita. Ó esperanza verdaderamente sólida, llena mi corazon, y despégalo de cuanto hay sobre la tierra. 2.º *Á la fin del mundo* Jesucristo volverá sobre la tierra á coger y llevar consigo todos los justos resucitados, para conducirlos en triunfo y hacerles reinar en el cielo eternamente con él. ¡Oh magnífico espectáculo, oh felicidad inexplicable!... 3.º *¿Qué me queda á mí que hacer aquí en la tierra?* El lugar está preparado, la promesa está hecha, la palabra dada; no se trata de otra cosa que de prepararme yo mismo, y estar siempre pronto para esta grande venida, ¡qué desgracia si por mí

culpa perdiese el fruto de mi redencion! Toda la vida se me ha dado para prepararme, á mí me toca aprovecharme de todos los instantes, trabajar cada dia para hacerme digno de una promesa tan grande, purgarme siempre mas, santificarme con la penitencia, con buenas obras, con la fidelidad á las obligaciones de mi estado, con el recogimiento interno, con la oracion y con la union con Dios. Esto es justamente, ó Dios mio, á lo que quiero únicamente aplicarme en adelante con el socorro de vuestra gracia.

PUNTO II.

Objecion de santo Tomás.

1.º *De nuestros habituales conocimientos...* «Y donde yo voy (*añadió Jesucristo*) lo sabeis, y sabeis el camino...» Jesús les habia dicho frecuentemente que él volvia á su Padre; este era el lugar á donde iba. Les habia dicho muchas veces que seria entregado en las manos de los gentiles, y crucificado: que moriria y resucitaria; este era el camino... Esto lo sabian los Apóstoles... Por las instrucciones que hemos recibido en el Cristianismo sabemos nosotros á lo que estamos destinados, y de lo que estamos amenazados para la eternidad. Sabemos cuál es el camino que conduce al cielo, y cuál es el que lleva al infierno. Sabemos que el uno ó el otro debe ser nuestra morada eterna, y que esta grande decision depende de la vida que habrémos pasado sobre la tierra. Sabemos que con la gracia, con la oracion, con la vigilancia podemos vivir una vida santa, cuya recompensa será el cielo, y que abandonándonos á las pasiones, y siguiendo los ejemplos del mundo, viviremos una vida impura, injusta, indigna de nuestra vocacion, cuyo eterno castigo será el infierno. Hemos recibido todas estas instrucciones y todos estos conocimientos en el seno de la Iglesia: demos gracias á Dios; pero qué uso hacemos de ellos nosotros?

2.º *De nuestra actual ignorancia...* «Dijole Tomás: Señor, no sabemos á dónde vas, pues ¿cómo podemos saber el camino?...» La idea que tienen aquí los Apóstoles es de un viaje semejante á los que solian hacer acompañando á su divino Maestro; así tambien nosotros en ciertas ocasiones olvidamos todos los conocimientos que hemos recibido, y damos prueba de que nada sabemos. En la exaltacion ignoramos la necesidad de la humildad, en la sanidad la ley de la penitencia, en la enfermedad la felicidad de las cruces, en las riquezas la obligacion de la limosna, en la pobreza el mérito de la

paciencia, y en todas las circunstancias de la vida el término á que debemos caminar y el camino para llegar á él. Nuestra ignorancia procede de no meditar las verdades que conocemos, de no profundizar en ellas, de no aplicárnoslas, de no practicarlas. La ignorancia llega á las véces hasta debilitar, y aun hasta apagar la fe. Ocupados del todo en las cosas de la tierra, perdemos de vista las del cielo. Llegamos hasta decir: No sabemos qué cosa se haga en la otra vida: ignoramos qué caminos guian á la felicidad ó á la miseria eterna; y si la una y la otra subsistan, como se va diciendo: ninguno vuelve del otro mundo para informarnos de ello. Estos depravados pensamientos á que damos lugar algunas veces extienden sobre nuestro espíritu nubes, oscuridad y dudas; una ignorancia afectada lisonjea nuestros sentidos, favorece nuestras pasiones, mantiene nuestra indolencia, y nos pierde. La oracion y la meditacion son su remedio.

3.º *Del conocimiento de Jesucristo...* «Dijole Jesús: Yo soy el camino, la verdad y la vida: ninguno viene al Padre sino por mí...»
 1.º Jesús es *camino* por sus méritos, por sus Sacramentos, por sus preceptos, por sus ejemplos. *Camino* abierto á todo el mundo, *camino* recto, santo, seguro, estrecho, pero fácil y lleno de dulzuras; *camino* único, fuera del cual todo es extravío, todo es precipicio. Solo por Jesús podemos agradar al Padre, y llegar á él... ¿Es este el camino por donde nosotros caminamos?... 2.º Jesús es *verdad* en el cumplimiento de las figuras y de las profecías, en sus misterios, en sus dogmas, en sus promesas, en sus amenazas, en su Evangelio y en su Iglesia. *Verdad* divina, esencial, eterna é infalible. *Verdad* que conviene creer, por la que debemos estar prontos á morir, que no podemos desechar, y de que no nos es permitido dudar sin incurrir en una reprobacion eterna. *Verdad* fuera de la cual el mundo, las sectas, las pasiones, los sentidos no nos representan otra cosa que error y mentira... ¿Á quién escuchamos nosotros? ¿En quién creemos?... 3.º Jesús es *vida*, *vida* en Dios, *vida* eterna y esencial, *vida* en nosotros por su gracia, por su espíritu, por su amor; *vida* por la cual nuestra alma vive en Dios, nuestro corazon vive en la paz, nuestro cuerpo resucitará para la inmortalidad; *vida* divina, pura y deliciosa, que no teme la muerte, y que nada puede quitárnosla; *vida* fuera de la cual no hay otra cosa que flaqueza, languidez, miseria, tormento, y estado de muerte que debe acabar en una muerte eterna. ¿Vivimos nosotros de esta vida? ¿La amamos? ¿La deseamos? ¿Ó estamos aun en la muerte del pecado?

PUNTO III.

Pregunta de san Felipe.

1.º *De las miras de la fe...* «Si me conociérais á mi (añadió Jesucristo) conoceríais tambien á mi Padre, y desde ahora lo conoceréis y lo habeis visto...» Los Apóstoles reconocian á Jesucristo por Hijo de Dios. Si hubiesen conocido bien á este Hijo adorable, hubieran tambien conocido al Padre; porque el Hijo tiene una relacion necesaria al Padre, y el Padre al Hijo; porque el Hijo de Dios es necesariamente de la misma naturaleza que su Padre, y no pudiendo ser sino un Dios, es necesariamente el mismo Dios que su Padre, bien que sea una persona diferente. De donde se sigue tambien que el Hijo, siendo hombre, tiene dos naturalezas; la una divina, por la cual es igual á su Padre, y la otra humana, por la cual es semejante á nosotros. Pero los Apóstoles no habian hecho bastante reflexion para penetrar un tal arcano. Convenia que el Espíritu Santo, tercera persona de la santísima Trinidad, viniese á enseñarles estos grandes misterios, como efectivamente á poco tiempo vino. Ciertamente habian ellos visto al Padre, porque habian visto la santa humanidad del Hijo en que estaba el Padre, como el Hijo en el Padre... En cuanto á nosotros, nosotros no hemos tenido la dicha de ver á Jesús en su humanidad; pero nuestra suerte no es menos afortunada, ni menos meritoria nuestra fe. Demos gracias á Dios, confirmémonos siempre mas en esta fe, y esperemos la recompensa, que será ver eternamente lo que habrémos fielmente creído.

2.º *De las miras de los sentidos...* San Felipe no se atrevió como santo Tomás á contradecir al Salvador, con decir que ellos no habian visto al Padre; pero dió bastante á entender que este era su pensamiento, y que así como santo Tomás miraba la partida de Jesucristo como un viaje que debia hacer sobre la tierra, él tambien entendia de las miras de los sentidos lo que Jesucristo les decia; esto es, que ellos habian visto al Padre... «Le dijo Felipe: Señor, «muéstranos al Padre, y nos basta...» Haznos ver á tu Padre, y esta gracia bastará para nuestra total consolacion... ¡Oh cuánta dificultad tenemos nosotros de despojarnos de nuestros sentidos y de nuestra imaginacion en las cosas de la fe! Querriamos ver, comprender y poder imaginar. Nos parece que si viéramos el tal objeto, que si comprendiésemos el tal artículo del todo oscuro para nosotros, estaríamos contentos, y que esto bastaria para tranquilizarnos. ¡ Ah !

no, no es este el lugar de ver; desterramos de nuestro espíritu todas estas inquietudes, contentémonos con creer, esto es todo lo que podemos; contentémonos sobre la palabra de Dios, esta es nuestra obligación. Creyendo así lo que la Iglesia nos enseña, ya no tenemos miedo de error ni de ilusión. Pero dispensarnos de creer así, bajo cualquiera pretexto que sea, es contradecir á Dios y renunciar á Jesucristo.

3.º *De nuestro poco progreso en la fe...* « Jesús le dijo: Tanto tiempo há que estoy con vosotros, ¿y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve también al Padre; pues ¿cómo dices tú: muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo hablo, no las hablo de mí mismo, sino el Padre que está en mí él hace las obras... » Hé aquí lo que el Salvador había dicho frecuentemente, ó sea hablando á los judíos delante de sus discípulos, ó sea hablando á sus discípulos mismos. Hé aquí lo que se trataba ya, no de comprender, sino de creer, esto es, que en Dios hay tres personas y una sola naturaleza, y que en Jesucristo hay una sola persona y dos naturalezas. ¿Cuánto tiempo há que nosotros estamos en la escuela de Jesucristo sin conocerlo bien? Creemos con la boca, repitiendo las lecciones de la niñez; pero nuestro corazón no está mas penetrado de estos grandes misterios: no se ha humillado, no se ha confundido ni anonadado delante de la divina Majestad; no saca consecuencia alguna para atender continuamente á la adoración, á la obediencia, al amor, á la confianza que debemos tener en Dios, en su Hijo nuestro Señor Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Juez.

Peticion y coloquio.

¡ Ah Señor! reconozco y confieso que hasta ahora no os he conocido, pues no han hecho en mí una habitual impresión vuestras palabras, vuestras acciones, vuestros misterios y vuestros beneficios. Iluminadme, pues, Vos mismo, ó Salvador mio, que sois *verdad*: santificadme Vos que sois el principio *de vida*, para que caminando por Vos que sois *el camino*, llegue á la felicidad que me habeis preparado... Amen.

MEDITACION CCLXXXIX.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES DURANTE LA CENA.

(Joan. xiv, 11-21).

1.º De las pruebas de la divinidad de Jesucristo; 2.º de la oración; 3.º del Espíritu Santo; 4.º predicación de tres misterios que Jesucristo está para cumplir; 5.º del amor de Dios.

PUNTO I.

Pruebas de la divinidad de Jesucristo.

1.ª *Su testimonio...* « ¿No creéis vosotros que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?... » El testimonio de Jesucristo confirmado con la santidad de su vida, y por el aspecto de dignidad con que lo ha dado, bastaría para hacernos creer que Jesucristo es lo que él ha dicho que es. No fue necesaria otra cosa para creer en san Juan Bautista. De hecho, por poco que tengamos el corazón recto y amante de la verdad, no podemos leer la vida de Jesucristo, ver lo sublime de sus discursos, la sabiduría de sus respuestas, la pureza y la dulzura de su moral, y el tono de autoridad que reina en sus instrucciones, sin quedar tocados, y sin exclamar: no es un puro hombre el que nos habla, es el Hijo de Dios.

2.ª *Sus milagros...* « Si no por otro motivo, creedlo por las mismas obras... » El Hijo de Dios no ha querido dejar que nos falte alguna especie de pruebas para sostener nuestra fe, y nos las ha dado con una abundancia digna de su grandeza y de su bondad. Traigamos á la memoria la multitud de sus milagros de toda especie, la manera con que los ha obrado, el fin que en ellos se ha propuesto, el cumplimiento de las profecías que en él se ha hallado, etc... ¿Cómo, después de todo esto, podría vacilar nuestra fe? La oposición de algunos judíos ciegos, de algunos paganos preocupados, de algunos incrédulos libertinos sirve de prueba y nos demuestra también que relacionándonos estos hechos no han podido convencerlos de falsedad.

3.º *Los milagros de sus siervos...* « En verdad, en verdad os digo: quien cree en mí hará también las obras que yo hago, y hará aun otras mayores que estas; porque yo voy al Padre... » No solo Jesús ha tenido la potestad de hacer milagros, sino que ha podido también darla á sus discípulos, los que de hecho han obrado en su